

CECILIA FERREIROA

LA PARTE ENFERMA

Cuentos



OBLOSHKA

LA PARTE ENFERMA

LA PARTE ENFERMA

CECILIA FERREIROA

OBLOSHKA



Dirección editorial: Gastón Levin / Silvia Itkin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,
sobre diseño de colección Estudio ZkySky

© **Cecilia Ferreiroa**, 2019

© **Obloshka**, 2019

ISBN: 978-987-47529-1-8

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin previo consentimiento del editor/autor.

Ferreiroa, Cecilia
La parte enferma / Cecilia Ferreiroa. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Obloshka, 2020.
136 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47529-1-8

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

A Cata y a Tere, mis sobrinas adoradas y hermosas
personas.

A mi queridísima madre, quien me enseñó a amar
la literatura en todas sus maneras.

A Caíto, mi familia, con todo mi amor, siempre.

*Tal vez yo sea 'la parte enferma
de una cosa enferma'.*

Denise Levertov

*Todos los seres, reales o inventados,
merecen el destino abierto de la vida.*

Grace Paley

Virgo

A Luis Loayza

Carolina Soto empezó en el nuevo instituto a principios de año. Un poco antes había tenido una entrevista con la coordinadora del área, Estela Saavedra, en la que contó su experiencia en la enseñanza de inglés y luego dejó su currículum. Estela Saavedra fue muy amable. La escuchaba como si cada información que daba Carolina fuera relevante y creyera en su importancia. Eso la tranquilizó y a la vez la desconcertó. ¿Era tan importante su recorrido en el inglés? Carolina había trabajado en varios institutos y daba clases en colegios secundarios. Y como broche de oro, comentó que era traductora. Se sentía orgullosa de serlo, especialmente cuando lo contaba, a pesar de que solo se tratara de libros técnicos, extremadamente aburridos y que padecía al traducir; pero Estela Saavedra no la defraudó al reaccionar con una expresión de sorpresa y asombro. Al parecer eso era un plus, algo que no todas las profesoras de inglés hacían. Dos días después de la entrevista la llamaron para anunciarle que la habían seleccionado y que debía presentarse en el instituto para hacer el papeleo.

Llegó puntual. Tocó el timbre en el momento en el que daba la hora exacta a la que había sido citada. Mantuvo suspendido el dedo mientras con su celular vigilaba el

momento en que dieran las tres. La atendió Mariela, la secretaria del instituto, con una sonrisa.

En la oficina las dos mujeres se sentaron. Era un instituto que pagaba mucho más que los otros en los que había trabajado, así que estaba contenta por haber obtenido el puesto. Como novedad, tendría que enseñarles a empleados, con distinta jerarquía, de una empresa de petróleo multinacional. Debía ir a las oficinas a dar las clases, que eran individuales, una después de la otra, como en una cadena de montaje. El horario en que terminaba una era el mismo en que empezaba la siguiente. Tendría que correr por los pasillos de la empresa de un alumno a otro.

En un papel Mariela fue anotando sus datos personales, sacados del documento. Carolina la vio escribir su fecha de nacimiento y miró hacia abajo. Se quedó así todo el tiempo que le llevó a Mariela completar la planilla. La fecha que tenía en su documento, 24 de agosto, no era su verdadera fecha de nacimiento. Ella había nacido el 20 de diciembre del año anterior. No se trataba de un error en el documento, era la misma fecha que constaba en la partida. Sus padres, o más bien su padre no había ido a anotarla hasta agosto, o probablemente más tarde, a juzgar por los nervios que mostraba su madre cada vez que le preguntaba cuándo exactamente había ido a inscribirla. No tenía manera de preguntarle a él porque había muerto cuando ella tenía dos años.

Con el tiempo aprendió a aceptar que la anotaron muchos meses después y que ni siquiera respetaron el mismo día, y encima tampoco el mismo año. Era así, era parte de su historia. Y había aprendido a decir alternativamente una fecha u otra según lo que correspondiera en cada situación. Para trámites legales sabía que lo que importaba era lo que

decía en su documento, con los amigos su fecha real. Pero había zonas grises que todavía la desconcertaban. Cuando un médico le preguntaba el día de su nacimiento, se quedaba un rato dudando. Después se daba cuenta de que al médico le importaba su edad biológica. En el instituto *Language Approach* resolvió que lo que importaba era su fecha legal, entonces no le aclaró nada ni a la secretaria ni al resto del plantel.

Carolina llegó al edificio de oficinas de la avenida Alem diez minutos antes de la hora de la primera clase. Se anunció a los de seguridad de la entrada. Le hicieron dejar el documento, firmar en una planilla su hora de ingreso y le sacaron una foto. En el primer piso la esperaba la secretaria del que sería su primer alumno. Esperó un rato sentada en un sillón del vestíbulo, al lado del escritorio de la secretaria, que después de saludarla no le prestó más atención. Finalmente, su alumno abrió la puerta de su oficina y la hizo pasar. Era una oficina amplia y con grandes ventanales que daban a Alem. Se veían las copas de los árboles de la vereda de enfrente, las hojas verde oscuro que vibraban en una agitación sostenida y nerviosa. Había un escritorio grande y una mesa redonda con sillas alrededor. Ahí se sentaron.

Cuando terminó la clase se despidió de su alumno y se tomó el ascensor para el piso siguiente. Otra secretaria la recibió y la hizo esperar en un sillón, igual que en el piso anterior. Diez minutos pasada la hora de clase apareció la alumna, vestida con ropa muy elegante, alta y de pelo largo. Hablaba y se movía con mucha seguridad, la de alguien acostumbrado a mandar y conforme con hacerlo. Si bien ese piso estaba más arriba que el otro, los empleados eran de cargo más bajo. Su alumno del primero estaba por